

desde la mañana y ella combatido y vencido una en pos de otra, revivieron en su corazón con toda la fuerza primitiva y con toda la hiel de los impulsos que les dieron vida. No parecía sino que las esperanzas que por un instante la arrullaran, cuando, una vez hubo bajado al jardín, se disponía á dirigirse al sitio para el cual la citara Montgiroux, le infligian justo castigo. El terrible secreto que de improviso se levantara ante ella cual obstáculo insuperable en el instante en que acababa de concebir el culpado designio de prolongar una dicha misteriosa, abría á sus pies un abismo más espantoso que nunca. Colocada entre el conde de Montgiroux y Mauricio, no le era ya posible ver al uno y sonreír al otro sin que la idea del incesto helase en lo más íntimo de su conciencia el germen de toda tierna emoción. Por un instante se había olvidado del sentimiento que la sostenía firme y arrogante en medio de su existencia, y ahora no le cabía sino rescatar su falta por medio de un sacrificio supremo é irrevocable.

—No, murmuraba la joven con la sonrisa triste de los corazones lacerados, no, nunca descenderé á semejante grado de infamia; no, no me expondré más en la lucha de las pasiones. El día de hoy, en el cual se han reunido para mí tan terribles lecciones, ha señalado mis últimos pasos en esta existencia excepcional, de la que nunca como en lo presente me he sonrojado. No puedo ya seguir adelante sino para cometer nuevas faltas, y debo no exponer lo que en mí ha quedado puro del contacto del vicio. Quiero expiar los escándalos que he dado al mundo; salvar el alma después de haber perdido el cuerpo.

En este instante se abrió suavemente la puerta del aposento de Fernanda, y el ayuda de cámara de confianza de Mauricio, que tantas veces había sido mensajero de sus antiguas palabras de amor, entró con una carta en la mano.

Dicha carta, decía así:

«Renazco á la vida por influjo de V., pero también para V., Fernanda. ¿No siente V. acaso, como yo, la

necesidad de encontrarnos á solas por un instante, para reanimarnos mutuamente con la esperanza hacia lo venidero? Venga V., pues, á la cabecera del lecho del enfermo para dar feliz remate á la curación. Mil veces le había jurado á V. que mi amor no concluiría sino con mi vida, y quiero que se convenza V. de que mi vida no puede prolongarse sino por mi amor. Venga V.; todos están durmiendo á estas horas. En la quinta, sólo yo velo, sufro y espero.

MAURICIO.»

—Diga V. al señor de Barthele, contestó Fernanda, que dentro de diez minutos estaré á su lado.

Pero cuando el ayuda de cámara de Mauricio se hubo salido del aposento de la joven para transmitir á su amo la contestación de ésta, Fernanda sintió tan profunda emoción, que cayó casi desvanecida en una silla de brazos.

XXIII

Diez minutos hacía que Fernanda permanecía inmóvil y meditabunda, cuando el de Montgiroux abrió la puerta del aposento de ésta.

Estaba la joven tan distante de esperar semejante visita, que se estremeció con impulso parecido al espanto.

—¡Usted, señor conde! exclamó aquélla, fijando en el de Montgiroux los admirados ojos; ¿qué viene á hacer usted aquí, y qué quiere de mí á semejantes horas?

Sin embargo, Fernanda, cuya exclamación era trasunto del terror instintivo que sentía, ignoraba que en el instante mismo en que el conde se aventuraba en el pasillo, prudentemente pertrechado con su bujía, la señora de Barthele, por su lado, abría furtivamente la puerta de su aposento y se arrojaba á ir sin luz alguna al encuentro del par de Francia, á quien contaba presentar su ultimátum matrimonial.

La baronesa, al ver que el conde salía de su aposento con todas las precauciones de quien quiere ocultar un paso atrevido, quedó más que medianamente admirada, y aun acarició la idea de que éste iba á tomar el camino de sus habitaciones. Con todo, el de Montgiroux, después de pasear en torno de sí una mirada recelosa y escurtadora, tomó un camino diametralmente opuesto, con lo que la baronesa no necesitó de grandes esfuerzos para convencerse de que el nocturno excursionista se dirigía al aposento de Fernanda. Entonces la buena señora se metió de nuevo en sus habitaciones, llegó por una puerta excusada á una escalera secreta, descendió por ella, subió por otra y penetró en el tocador contiguo al dormitorio de Fernanda, escondida en el cual y con el oído pegado á la puerta de comunicación, desde donde podía oírlo todo, escuchó trémula y celosa la conferencia que el conde había solicitado inútilmente durante todo el día, y que por parte de Fernanda se entablaba de modo que indicaba que si estaba dispuesta á conceder, era á otra hora y en otro sitio.

—Silencio, señora, dijo el conde, ó á lo menos hable usted en voz baja, por favor se lo ruego; ya que durante todo el día no ha comprendido la impaciencia que de tener una explicación con V. me devoraba, y me ha hecho aguardar inútilmente en el lugar para que la he citado, no la admire que aproveche el momento en que, retirado cada cual á sus habitaciones, me es dable encontrarme á solas con V., para venir á pedirle la clave del extraño misterio que desde esta mañana gira en torno mío, sin que me sea dado comprender de él absolutamente nada.

—Caballero, contestó Fernanda, tal vez debiera V. haber aguardado otro momento, y sobre todo que nos encontrásemos en otra casa para pedirme una explicación que yo misma hubiera provocado entonces, pero que aquí me contentaré con soportarla. Interrogue V., pues; estoy dispuesta á responder á todas las preguntas que me dirija. Escucho.

Al pronunciar estas palabras, Fernanda, que se compadeció de la emoción pintada en el semblante de aquel

anciano cuyo corazón parecía sufrir tan intensamente como el de un joven, y que á pesar de estar acostumbrado á domar sus pasiones, no podía domeñar los ojos ni la voz, se levantó, y señalando un sillón situado á algunos pasos de ella, le invitó á tomar asiento.

Montgiroux colocó su bujía sobre un velador, y sin embargo de que venía para acusar, se sentó, dominado por el influjo de la singular mujer en cuya presencia se encontraba y sintiendo en lo más íntimo del pecho la emoción misma que si debiese haber subido á la tribuna para defenderse.

Los dos personajes guardaron silencio por espacio de algunos instantes, silencio que interrumpió Fernanda, diciendo:

—Caballero, ya le he dicho á V. que le estaba escuchando.

—Señora, contestó el conde, sintiendo también que, de prolongarse el silencio, la escena iba á tomar un carácter ridículo, V. ha venido á esta casa...

—Diga V. que me han conducido á ella, caballero; porque supongo me hará V. el favor de creer que yo ignoraba adónde me llevaban.

—Lo creo, señora; pero no es este el cargo que puedo dirigirla.

—¿Un cargo á mí, caballero? repuso Fernanda; ¿usted tiene que hacerme un cargo?

—Sí, señora, el de haber venido con quien ha venido.

—¿Usted me afea, caballero, el que vea yo á las personas mismas á quienes se complacen en recibir la baronesa y su hija? Me parece que el relacionarse con los mismos cuyo trato cultivan dos señoras de la aristocracia, no es sino honroso para una cortesana.

—No es que tenga nada que decir contra esos dos caballeros, por más que á mi juicio el uno sea un fatuo y el otro un cabeza de chorlito. Lo que quería preguntar á V. es si estima que yo pueda mirar con buenos ojos la solicitud de que ambos la rodean.

—Me parece, caballero, respondió Fernanda con

grande altivez, que en semejante asunto sólo yo debo ser mi único juez.

—Sin embargo, señora, tal vez á mí también me cabría derecho...

—Usted se olvida de nuestros tratos, caballero; le dejé á V. libre de hacer lo que quisiera, como yo me reservé la libertad más absoluta. Recuerde V. que con esta única condición pactamos...

—¡Pactar! ¡qué vocablo ha empleado V., señora!

—El que hace al caso, caballero. Una dama cede, una cortesana pacta; yo soy cortesana; no me encumbra V. á un sitio que no merezco ocupar, y sobre todo no me juzgue superior á lo que valgo.

—Señora, repuso el conde, nunca la he visto á V. en disposición de ánimo semejante; ¿qué he hecho para caer en su desagrado?

—Nada, caballero; pero ya comprenderá V. que su visita me parece intempestiva.

—Con todo, señora, creo que al punto á que hemos llegado...

—Debo prevenir á V., caballero, interrumpió Fernanda, que mientras me encuentre en esta morada no consentiré una frase, una palabra siquiera que pueda hacer la más mínima alusión á las relaciones que he tenido con V.

—Hable V. más bajo, señora, por favor se lo ruego, podrían escucharnos.

—Entonces, ¿por qué se expone V. á decir cosas que no pueden ser oídas?

—Hable V. más bajo, se lo ruego encarecidamente; ya ve V. que yo estoy tranquilo. He venido...

—¿Para ayudarme á salir de la situación comprometida en que me han colocado? Si es así, bien llegado sea usted; acepto su auxilio y aun lo imploro.

—Pero, señora, si yo nada puedo hacer en la situación esta.

—Entonces, caballero, si V. nada puede, yo debo no convertirla de comprometida en despreciable recibéndole á solas á semejante hora. Piense V. que la acogida que me han dispensado en esta casa debe regular mi con-

ducta en ella, y la baronesa y su hija se han portado demasiado bondadosa y decentemente conmigo para que olvide que una es amiga de V. desde hace veinticinco años y la otra su sobrina.

—Pues precisamente porque Clotilde es sobrina mía, replicó el conde agarrándose á esta circunstancia que le permitía quedarse dando otro giro á la conversación; precisamente porque Clotilde es sobrina mía puede alarmarme la funesta pasión de mi sobrino por V.

—Pasión que no le cabría á V. derecho á acriminarme, caballero. Cuando me presentaron al señor de Barthele, me le presentaron como libre de su cuerpo y de su corazón; pero tan pronto supe que estaba casado, rompí con él. De una cosa ha podido V. convencerse, señor conde, y es de que no he vuelto á ver á Mauricio desde el día que tuve la honra de encontrar á V. en casa de la señora de Aulnay.

—Así, pues, ¿por qué combinación diabólica se encuentra V. aquí? repuso el par de Francia; ¿qué cuenta hacer V. en esta casa? ¿cuál es su determinación?

—Salir de esta morada esta noche misma, caballero, no volver á poner nunca más los pies en ella, y, á ser posible, después de haber devuelto la salud al señor de Barthele, restituir la dicha á su esposa.

—¿Luego ha renunciado V. de veras á Mauricio?

—¡Oh! sí, respondió Fernanda moviendo la cabeza con indecible expresión de melancolía.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—Es V. un ángel, Fernanda.

—¡Señor conde!...

—Me ha preguntado V. por qué he venido á verla en mitad de la noche; por qué no he aguardado á hacerlo mañana, en otro sitio, en otra casa; es que se me desbordaba el corazón, Fernanda; es que durante todo el día de hoy, en que la he visto á V. sucesivamente tan sencilla, tan grande, tan digna, tan sosegada, tan compasiva, tan superior, en una palabra, á cuantos la rodeaban, he aprendido á apreciarla en lo que vale. Sí, Fernanda, el día de hoy me ha hecho profundizar su

corazón, más, mucho más que no los tres que lo han precedido; se lo repito á V., su corazón no es el de una mujer, sino el de un ángel.

Fernanda, á pesar suyo, se sonrió al ver el entusiasmo de un hombre á quien semejante sensación parecía completamente extraña; pero inmediatamente recobró el ademán serio y digno que se impusiera.

—Está bien, caballero, repuso la joven; pero cuanto acaba V. de decirme nada me ilustra respecto del fin de esta visita, que, se lo confieso á V. con profundo sentimiento mío, se prolonga demasiado.

—¿Cómo! replicó Montgiroux, ¿después de haberme usted prometido que renuncia por siempre jamás á Mauricio, después de lo que acabo de decir, V. no adivina?

—No.

—¿Usted no adivina que yo la amo más que en su vida ha sido V. amada, porque la amo con todo el afecto que encierra el corazón de un hombre de mi edad; usted no adivina que se ha hecho V. necesaria á mi existencia, que ahora que conozco el secreto de su cuna y la nobleza de su alma no me alienta sino un desdén, una esperanza, la de unirla á V. á mí por medio de lazos eternos, indisolubles, ya que toda otra posición entre nosotros que no esté sancionada por las leyes y la religión me causa el temor de perderla?

Fernanda fijó en el conde una mirada intensa é impregnada de afectuosa compasión, y dijo:

—¿Cómo, caballero! ¿para eso había venido V.?

—Sí, para eso, respondió Montgiroux. No podía permanecer más en la incertidumbre; comprendo que los acontecimientos de hoy, de no reunirnos, debían separarnos. Fernanda, comparta V. conmigo mi posición y mi fortuna; acepte V. mi apellido.

Fernanda levantó los ojos al cielo, y con acento del que sólo Dios tenía la llave, dió un ¡ay! profundo.

—¿No me responde V.? preguntó el conde.

—Usted no puede pensar formalmente lo que me propone, dijo Fernanda ensayando dar á entender al conde que tomaba su proposición á chanza.

—A mi edad, señora, repuso Montgiroux, no se de-

cide nada á la ligera; cada paso que se da, cada palabra que se profiere, se pesan de antemano. Acoja V. pues mi demanda como la expresión de mis más íntimos y verdaderos sentimientos.

—¿Pero no ve V., señor conde, que á su edad un casamiento, aun en condiciones iguales de nacimiento, de fortuna y de posición social, es considerado como una locura?

—Al contrario, señora, á mi edad el hombre necesita de la dicha suave y pura que proporciona el matrimonio, y esa dicha, sueño de mis últimos días, sólo V. puede dármele.

—¿Pero y su representación social, señor conde?

—Una de las ventajas del hombre consiste en hacerla compartir á la mujer á quien se asocia.

—¿Y V. privaría de su herencia á una sobrina y á un... sobrino á los cuales quiere como á hijos propios?

—Mauricio y Clotilde herederán un día tres millones cada uno.

—No le dirijo á V. pregunta alguna, caballero, sino un cargo.

—¿Nada más que eso? En mi contrato de bodas mis- mo les lego un millón.

—Pero V. se olvida de que hoy he sabido que la señora de Barthele tiene derechos anteriores á los míos.

—Compare V. su edad con la de dicha señora, su belleza en flor con la de ella marchita, los hechizos de una amistad nueva al tedio de unas relaciones extintas.

—Su honra, su reposo y su estimación serían el precio del sacrificio que quiere V. imponerse, señor conde.

—La amo á V., Fernanda; ahí lo único que puedo contestar.

—Usted no piensa sino consigo mismo y se olvida de la sociedad.

—¿Acaso me dará ésta la dicha que radica en V. sola, y que para mí no existe sin V.?

—¿Y V. no ve nada que se oponga á esta... unión?

—Nada, sino su negativa.

—Medítelo V. bien, señor conde.

—Ya lo he meditado todo.

—Señor conde, le agradezco á V. el ofrecimiento que me hace.

—¿Pero lo acepta V.?

—Mañana sabrá V. mi respuesta; esta noche necesito estar sola; déjeme V., pues, se lo ruego.

—¿Me despide V.?

—Mañana, á las dos de la tarde, vaya V. á mi casa. Adiós, señor conde.

Encerraba este adiós una orden tan terminante, que Montgiroux no atreviéndose á insistir, saludó y se salió de la estancia.

La baronesa, que no había perdido palabra de esta conversación, comprendió al punto la necesidad de modificar sus planes. Estando como estaba el par de Francia ciego por Fernanda hasta el extremo de arrostrar el escándalo á que infaliblemente iba á dar origen su casamiento con ésta, previó que sería inútil cuanto intentase en su propio provecho. Resolvió pues dirigirse al corazón de la mujer, á aquel corazón cuya abnegación había podido apreciar, invocando el nombre de su hijo, empleando todos los recursos de la cortesanía y toda la prudencia que exigía la singularidad de las circunstancias. Apenas á la señora de Barthele le cruzó por la mente esta idea, cuando obedeciendo como siempre á su primer impulso, resolvió ponerla en práctica; y para no levantar sospechas respecto de si había podido oír algo, bajó por la misma escalera que conducía al tocador, atravesó el salón, y, subiendo por la escalera excusada, entró de nuevo en su aposento para volver á salir de él á los pocos segundos.

La resolución que acababa de tomar la baronesa asumía toda la inconsecuencia habitual de su carácter; pero entre las mujeres de cuenta, parece, por regla general, que la facultad de reflexionar no ha sido concedida sino á las que quieren hacer el mal sin menoscabo de su reputación. En la esencia, la señora de Barthele era demasiado honrada, y, pese á sus cuarenta y cinco años, sobrado aturdida para ser hipócrita. También á ella había llegado á serle necesario el de Montgiroux, y á esta necesidad lo sacrificaba todo. Por otra parte, lo

importante, ante todo, era impedir el casamiento propuesto por su infiel amante á la hermosa cortesana, y como ninguna respuesta de las que oyera dar á Fernanda denotaba entusiasmo real por este proyecto, se congratulaba de hallar en ella no una rival, sino una auxiliar.

—La situación de Mauricio la ha conmovido, decía entre sí la baronesa; le ama con toda la vehemencia de su corazón, es incontestable. Así pues comprenderá que no existe amor sin celos, y que la nueva de su casamiento con el conde causaría la muerte á mi hijo. Por este lado la atacaré, y como tiene talento y es recta de corazón, y es bien nacida y tiene conciencia de sus faltas, y además parece que el respeto á las costumbres regula todas sus acciones, comprenderá que debe no introducir la turbación en el seno de una familia honrada. Por otra parte, la mujer que ha amado á Mauricio no puede amar á nadie más sino á él. Luego no le guiaría otro deseo que el de ostentar blasones... ¡Bah! este deseo no lo alientan sino las almas vulgares...; demás, esto no puede ser lo que la anime, pues ha renunciado á su apellido. No, Fernanda sustenta un corazón bueno y noble; la atacaré por el lado de la sensibilidad; rogaré, imploraré; una madre está muy persuasiva cuando habla en nombre de su hijo.

Como se ve, la baronesa, á pesar de su atolondramiento, había hallado medio de ocultar el verdadero móvil que la impulsaba; verdad es que semejante astucia tenía muchos puntos de contacto con la añeja fábula del avestruz que con esconder la cabeza en la arena cree que no le ven. En una palabra, á la señora de Barthele le era menester un pretexto para entrar en mitad de la noche en el aposento de Fernanda, y se había asido de éste.

Uno de los más grandes errores de la gente linajuda consiste en que se creen con derecho á exigir toda clase de sacrificios de aquellos á quienes imaginan ó realmente se encuentran en posición social inferior á la suya; sacrificios de que ella misma no sería probablemente capaz; y su seguridad es en este concepto tanto

más notable, cuanto sencilla su fórmula; dicen: «Haga usted esto por mí, se lo ruego»; fórmula de que echan mano así para lo más trivial como para exigir los sacrificios más penosos. Ocurre, empero, que tan pronto han logrado sus fines, responden á cuantos, indiferentes, se admiran del sesgo tomado por el asunto: «¡Ah! él ó ella, ha experimentado una gran satisfacción al complacerme», y con esta frase pagan. ¡Necios de corazón abnegado, no pidáis más, pues los que os exijan que os sacrificuéis por ellos se admirarían de que no os dieseis por satisfechos con la honra que habéis disfrutado al servir á un ente más grande que vosotros!

La señora de Barthele, al llegar á la puerta del aposento de Fernanda, estaba pues intimamente convencida de que la joven se prestaría á hacer cuanto de ella solicitase; pero con grande extrañeza suya vió abierta la puerta, y en lugar de Fernanda, en busca de la cual iba, descubrió á Clotilde, sola y en actitud llena de estupor y abatimiento.

—¡Clotilde! exclamó la baronesa. ¡Clotilde aquí! ¿Y qué vienes tú á hacer en este aposento?

Luego, comprendiendo la necesidad de dar cuenta de su conducta á aquella á quien pedía una explicación, continuó:

—Pasaba por ahí, y al ver entreabierta esta puerta, me he temido que la señora Ducoudray no estuviese indispuesta y he entrado.

—¿Por qué no se encuentra aquí dicha señora? murmuró Clotilde con la mirada fija y respondiendo más á sus propios pensamientos que á la interpelación de su madre; ¿dónde puede estar sino en el dormitorio de Mauricio?

—¡En el dormitorio de Mauricio! exclamó la baronesa: ¿y qué iría á hacer á estas horas allá?

—¡Qué sé yo! señora, respondió Clotilde con acento enronquecido por los celos que, por la vez primera, le alteraban la voz; ¿no sabe V. que se aman?

A la baronesa traíanla sobradamente preocupada sus propios pensamientos para que notase la fijeza de la mirada, la palidez del semblante y la vibración estri-

dente que acompañaran las palabras de Clotilde. Así es que replicó friamente:

—No es probable.

—Pues yo digo que se encuentra al lado de Mauricio, replicó la joven asiendo el brazo de su madre y estrechándose con fuerza.

La señora de Barthele miró con extrañeza á Clotilde, que se estremecía de pies á cabeza al embate de las primeras sacudidas de una pasión hasta entonces para ella desconocida.

—Y aun cuando estuviese al lado de Mauricio, dijo la baronesa, ¿qué motivo habría para trastornarse de esta suerte?

—¿Pero V. no comprende que yo amo á mi esposo? ¿Usted no ve que estoy celosa y que no quiero que él ame á otra mujer ni que otra mujer le ame?

Clotilde lanzó estas palabras con esa especie de explosión concentrada que lleva el convencimiento al ánimo de aquellos á quienes se dirigen.

—¡Celosa! exclamó la baronesa, ¿celosa, tú, Clotilde? La señora de Barthele, que por experiencia sabía lo que eran celos, por haberlos sentido profundos durante todo el día, pronunció estas palabras con terror involuntario.

—¿Qué de extraño que yo esté celosa? preguntó Clotilde fijando en su madre una mirada entre cándida y encendida.

—Es que no sabía...

—Ni yo tampoco, dijo Clotilde. ¡Oh! yo ignoraba que esa mujer ocupase por completo su pensamiento y fuese dueña de su corazón; que su alejamiento pudiese matarle, y su regreso devolverle la vida. Pero ahora lo sé, ¡y están juntos!

—Tú abultas la gravedad de la situación, hija mía, dijo la baronesa. Sin embargo ayer comprendiste la necesidad de recibir á la señora Ducoudray, y si ésta ha venido ha sido con tu conocimiento. Lo que ahora te está pasando debías haberlo previsto, pues sabías que se amaban.

—Lo sabía, sí; pero yo no amaba, ni presumía que

llegase momento en que diese yo más precio á su amor que á mi existencia. ¡Oh! yo me tengo la culpa de todo. No he amado á Mauricio como debiera haberle amado, no le he amado como ella le amaba. Madre, es preciso que volemos al dormitorio de Mauricio para evitar que permanezcan juntos por más tiempo.

—Detente, dijo la baronesa asiendo del brazo á Clotilde; detente, hija mía; recuerda que Mauricio no está todavía fuera de peligro.

—Otro y más grande es ahora el peligro que nos amaga. Venga V. conmigo, madre, por favor se lo ruego.

—Piensa en lo que me propones, Clotilde; el paso que vamos á dar vulnera todas las consideraciones sociales.

—¿Acaso estas consideraciones imponen que una extraña esté á solas con mi marido en hora semejante?

—Créeme, hija mía, tengo más experiencia que no tú; ante todo teme cambiar tu situación respecto de tu marido en ruptura definitiva; en el hogar doméstico, la primera disputa es la puerta que da acceso á las demás. Esa mujer, de quien hasta lo presente no tenemos motivo alguno de queja y á la cual nada tenemos que echarle en cara, puede, ofendida por nuestra desconfianza, intentar vengarse á su vez. Medita que no ha venido espontáneamente, sino que la han conducido engañada; acuérdate de la terrible emoción que ha experimentado al saber donde se encontraba; recuerda sus ruegos y sus esfuerzos para retirarse. Nosotras somos las que la hemos atraído y las que la hemos obligado á quedarse. Mira, esta noche misma quería marcharse, y yo le he quitado los medios de efectuarlo despidiendo á su cochero.

—¡Se aman, madre! ¡se aman! repuso Clotilde golpeando el suelo con el pie. ¡se aman y están á solas!

—Prudencia, hija mía, prudencia, dijo la baronesa. Vamos á ver: es verdad que están á solas, pero la entrevista esa tal vez obedezca á un fin inocente, quizá loable.

La sonrisa de la duda crispó los labios de Clotilde.

—Comprendo, continuó la señora de Barthele; pero ilustrémonos respecto de esa entrevista.

—¿Cómo? preguntó la joven.

—Penetremos sus secretos, á fin de saber qué conducta debemos guardar para con ella.

—¡Espiar á mi marido! exclamó Clotilde con vacilación y comprendiendo la idea de su madre.

—¡Pues! repuso la baronesa, para quien esta observación era un reproche inocente á la conducta que recién acababa de observar ella misma; ¿no es preferible esto á un escándalo?

—¿Y si escuchando adquiriese yo la seguridad de que me están engañando, y mis oídos fuesen testigos de planes para lo venidero? ¡Oh! no, prefiero dudar: la certeza me mataría.

—La señora Ducoudray me merece mejor opinión que no á ti, dijo la baronesa; sígueme; respondo de todo.

—¡Y si me engañan, madre mía! ¡y si me engañan!

—Entonces será tiempo de que tomes consejo de tu desesperación.

—¡Ay de mí! ¡Mauricio no me ha amado nunca! exclamó Clotilde rompiendo en sollozos.

—Ven, hija mía, ven, dijo la señora de Barthele, quien, con la bondad inherente á su carácter, iba poco á poco olvidándose de sus intereses para dar paso á la compasión que le inspiraba un dolor verdadero, una pasión real. Ven; ya sabes que podemos escucharlo todo deslizándonos detrás de la alcoba, y aun verlo todo al través de la cerradura. Pero en verdad, continuó, mientras se llevaba casi á la fuerza á la joven, estás desconocida, Clotilde. Ea, sígueme; para las circunstancias solemnes se guarda la fortaleza de ánimo.

A no tardar, las dos mujeres, asidas de la mano, conteniendo la respiración y andando de puntillas penetraron en la alcoba, desde donde, como dijera la señora de Barthele, podían ver y oír cuanto pasaba en el dormitorio de Mauricio.

XXIV

Clotilde no se había equivocado. Tan buen punto Montgiroux hubo salido del aposento de su querida, ésta, fiel á su primitivo proyecto, y cuando estuvo segura de que el conde estaba ya en su aposento, salió del suyo, se encaminó directamente al de Mauricio, y entró en él sin temor ni vacilación, convencida de que obraba cual debía.

En el preciso instante en que Fernanda ponía los pies en el dormitorio de su antiguo amante, el reloj daba la media noche, señalando un nuevo día para todos y el comienzo de una nueva era para ella.

Una lámpara de noche difundía una luz vaga y trémula sobre los muebles y el artesonado de aquel espacioso aposento. Mauricio, con la mitad del cuerpo fuera del lecho, prestaba oído atento al más leve ruido, con el corazón lleno de ansiedad y respirando apenas, pues aun cuando se hubiese hecho repetir por su ayuda de cámara cinco ó seis veces la promesa de Fernanda y las palabras que ésta misma profiriera al hacerla, tanto deseaba su venida, que dudaba verla realizada. Cada minuto de retardo antojábasele un siglo perdido de su existencia, que, cual si hubiese dependido enteramente de esta nueva entrevista, vacilaba al soplo de la esperanza, y no parecía sino que pendiese de la primera palabra, de la primera mirada de la mujer querida. El momento que iba acercándose revestía para el enfermo tanta importancia, asumía una solemnidad tan vaga, le infundía un temor tan misterioso, se imponía todo tan poderosamente á sus sentidos, que cuando oyó resonar en el pasillo los pasos de Fernanda, para él tan conocidos; cuando la vió empujar la puerta y avanzar pálida, tan pálida que pudiera habérsela tomado por una estatua andando, no tuvo fuerzas para hacer un gesto, valor para proferir una palabra; no hizo sino estremecerse

y permanecer mudo é inmóvil y con el corazón oprimido por un triste presentimiento.

Por su parte Fernanda, aunque al salir de su aposento sintiera firme el corazón y llevara serena la frente, á medida que la distancia que la separaba de Mauricio iba acortándose, recibía impresiones análogas, y tan profundas, que al llegar al pie del lecho permaneció derecha sin poder hablar, sin fuerzas para formular un pensamiento, cual si de improviso todas las facultades que componían su primorosa, elegante, espiritual y á las veces enérgica organización se hubiesen resuelto en una como demencia. Aquel silencio tuvo, si así podemos expresarnos, un eco recíproco de un corazón al otro. La sangre de los dos jóvenes, por un fenómeno físico, parecía haber suspendido su circulación, y la mirada de ambos reflejaba una inquietud que imprimía á sus ojos, una admiración igual; quien les hubiese visto de esta suerte, hubiera jurado que el alma, indecisa, había dejado de animar, ó á lo menos estaba próxima á dejar de animar la materia.

—Héme aquí, dijo por fin Fernanda rompiendo el silencio; ha mandado V. á buscarme, Mauricio; pero era inútil, también hubiera venido.

—¡Gracias! profirió Mauricio, ¡gracias! Veo que ha comprendido V. la necesidad que de verla y hablarla yo tenía.

—Es que también yo experimentaba esta necesidad, repuso Fernanda; porque así como tengo mucho que decir, indudablemente me queda mucho que oír.

—Entonces hablemos. Por fin nos encontramos á solas, Fernanda; ya no hay miradas indiscretas que nos espíen, ni oídos ávidos que nos escuchen. Dice V. que tiene mucho que oír; pero á mí no me queda sino una cosa que decir. No queriendo V. verme más, renuncié á la vida; pero desde el momento en que V. ha consentido en volver á mí, bien llegada sea la existencia, ya que ella vuelve con V. Gracias, Fernanda, pues este instante me hace olvidar todos mis padecimientos.

—Sí, ha padecido V. mucho, lo creo, Mauricio; desgraciadamente la endebles en que le veo lo justifica; pero

á lo menos V. goza del aislamiento y del silencio, mientras yo me he visto obligada á vivir en medio del bullicio y de los placeres; V. ha podido llorar, á mí sólo me cabía sonreír. Mauricio, añadió Fernanda, yo debo de haber padecido todavía más que V.

—¡Oh! Dios mío, exclamó el enfermo con piadosa exaltación, ¿os habéis por fin apiadado de nosotros, y habrán llegado ya á su término nuestros dolores?

—Así lo espero, Mauricio, dijo Fernanda sonriendo con tristeza y fijando en el cielo los hermosos y limpios ojos, al par que aquél levantaba en igual dirección las manos.

—Fernanda, profirió Mauricio, dice V. esto en un tono que me hiela la sangre. Durante nuestra separación ha sobrevenido á V. algo extraño, desconocido, que no me explico.

—¿Quiere V. que se lo diga?

—Sí.

—Pues bien, lo que me ha sobrevenido es que su madre de V. me ha asido ambas manos como pudiera haberlo hecho con una hija suya, y Clotilde me ha besado cual se besa á una hermana.

Mauricio se estremeció.

—Es, continuó Fernanda, que en esta quinta he sido recibida como quien hubiese tenido derecho á presentarse en ella, y elevada, engrandecida y purificada, he comprendido cuánto debía á la baronesa, á Clotilde y á la hospitalidad.

—¿Qué está V. diciendo? exclamó Mauricio incorporándose en el lecho; ¿adónde quiere V. ir á parar?

—¡Ay! Mauricio, esta exclamación me demuestra que me ha comprendido V.; tranquilícese, Mauricio; sea usted hombre.

—¡Oh! ¡Dios mío! murmuró el joven retorciéndose los brazos.

—¡Mauricio! ¡Mauricio! dijo Fernanda, no se altere usted de este modo; cálmese V., por favor. Todavía está V. endeble y no más lejos de esta mañana se encontraba V. moribundo. Mauricio, el peligro subsiste; la noche está fría. Si quiere V. que me quede á su lado,

no sólo es menester que me escuche, sino también que me obedezca. El cuerpo está sujeto á leyes independientes de las emociones del alma. Tiene V. los brazos y el pecho al aire. Déjeme que le cuide como lo harían Clotilde y la baronesa. Mauricio, se lo ruego en nombre de su esposa y de su madre, por cuya voluntad estoy aquí. Así, pues, mientras me encuentre en esta quinta debo no ser sino su representante, ni hablar sino en interés de ellas, ni obrar más que en su provecho. Mauricio, está V. obligado á amar á aquellos que le aman, y sobre todo amarles como ellos le aman á V.

Mauricio guardó silencio. Estaba subyugado por la dulcedumbre de aquella mujer que acababa de sustituir la exaltación del amor con los cuidados más tiernos de la amistad y que en lugar de la fogosa pasión de que él le daba ejemplo, imitaba la suave prudencia de la madre que reprende á su hijo, de la esposa que regaña á su marido, las cuales acallan, ante el peligro, los escrúpulos del pudor. En efecto, el sentimiento que ahora animaba á la cortesana devolvía á su corazón algo de su nata pureza, y santificando aquella confidencia, infundía á los dos jóvenes esa castidad del dolor que vela los sentidos.

Mauricio, dócil como un niño, cedía con asombro á las exigencias de la razón, y casi se olvidaba de que sobre su lecho se inclinaba una mujer joven y hermosa, su querida en otro tiempo y en lo presente el objeto de su idolatría.

En cuanto á Fernanda, parecía haber olvidado por completo al joven, ideal personificación de sus ensueños, para sólo ver al enfermo á quien lastima la más pequeña emoción moral y á quien el más insignificante quebranto físico pone en peligro de muerte. La caridad pasaba su helada mano por la ardorosa frente de aquélla, á cuya piedad parecía no unirse sino una esperanza tranquila é indiferente.

Interin, Mauricio, sin fuerzas para combatir la frialdad de Fernanda, que se le presentaba bajo tan afectuoso aspecto, se abandonaba al hechizo de semejante sensación; resultando de ahí un bienestar tan suave y puro y

al par tan real para el cuerpo y para el espíritu, para el corazón y para el alma, que la vida, volviendo á oleadas á reanimar las abatidas fuerzas, parecía devolver á éstas, de improviso, esa inteligencia superior, esa delicadeza exquisita del sentimiento que mantiene el alma en una de esas elevadas regiones superiores á lo terreno.

—Ya lo ve V., Fernanda, dijo el enfermo dando un suspiro, é incorporándose y fijando en ella los ojos, humedecidos por el enternecimiento; ya lo ve V., obedezco como un pobre muchacho sin fuerzas y sin voluntad. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué mujer, ó más bien qué ángel es V.? ¿de qué estrella se ha caído, y qué falta indudablemente cometida por otro viene V., espíritu de abnegación, á expiar en este mundo, que no la conoce porque no ha hecho sino verla pasar y no ha podido comprenderla?

—Ea, dijo Fernanda sonriendo; el médico no sabe lo que se dice cuando habla de su convalecencia de V.; todavía existe el delirio. Mauricio, vuelva V. en su acuerdo y mire las cosas del mundo en su verdadero aspecto.

—No, dijo Mauricio, tengo la cabeza completamente despejada, y lo veo todo tal cual es. Desde que la amo á V., su voluntad ha sido la norma de mis acciones. Me apartó V. de su presencia, y he querido morirme; parece V. de nuevo, y renazco. V. es mi alma, mi energía, mi vida; V. quien dispone de mí á su antojo. Y dígame, ¿es este el ministerio de una mujer, ó el de un ángel?

—¡Ah! Mauricio, respondió Fernanda moviendo la cabeza, cuántos años de mi existencia no daría yo para que fuese verdad lo que acaba de decir y para que fuese tal mi influjo sobre V.

En efecto, como en corroboración de lo que decía Mauricio, sonrosáronse á éste las mejillas, los labios se le colorearon ligeramente, y los ojos le brillaron, no con ese fulgor seco indicio de fiebre, sino con el suave reflejo del pensamiento que reposa, con un destello de inteligencia, vivificado aún más por las lágrimas de la dicha.

—En este instante me encuentro aquí, á su lado, Mauricio, continuó Fernanda, para imponer mi autoridad, para ejercer mi imperio en pro de V., de Clotilde y de la señora de Barthele.

Y añadió recalcando la frase:

—En una palabra, en pro de toda su familia.

—Entonces hable V. pronto, dijo Mauricio; sepa yo de una vez qué debo temer y qué esperar.

El arranque de impaciencia que acababa de manifestar el joven advirtió á Fernanda el peligro que entrañaría el hablar sin tiento. Lo que tenía que decir á su antiguo amante asumía tal importancia, que no pudo menos de estremecerse, sentirse perpleja, con sólo imaginar que podía turbar la profunda alegría que devolviera casi milagrosamente las fuerzas á aquella organización debilitada por el dolor. La salud, la vida, lo porvenir de Mauricio dependían de esta última plática.

—Por Dios, Fernanda, dijo el joven, ¿qué ocurre? Permanece V. callada y la veo temblar. Explíquese V., por favor se lo ruego.

El ánimo es un socorro divino que Dios nos ha dado para sostenernos y guiarnos en las ocasiones supremas, y viene en ayuda de las fuerzas físicas cuando éstas ceden. Ahí porqué los varones justos suelen ser animosos. La justicia es la hija primogénita del aliento.

Fernanda invocó mentalmente á Dios, y se sintió con ánimo de continuar, sin separarse de la vía que se trazara de antemano, sin desfallecer en el ministerio que se había impuesto.

Lo único que hizo fué pedir fuerzas á todo aquello que creyó podía dárselas, reuniendo contra su corazón todos los medios de combatir, no á Mauricio, sino á sí misma.

—¡Ah! Mauricio, dijo la joven sintiendo que le flaqueaban las rodillas, no vaya V. á creerme más fuerte de lo que soy en realidad. No; por muy grande que sea el dominio que ejerzamos sobre nosotros mismos, por decidida que sea la voluntad que pongamos en reprimir nuestros instintos en las grandes catástrofes y en pos de largas emociones, siempre llega un momento en que

la resistencia flaquea, en que la firmeza que oponemos al dolor se fatiga y cede, y en que nuestro sér parece como que va á aniquilarse. La resolución sostiene, pero consume. Mire V., siento que me es imposible sostenerme en pie por más tiempo, y quiero sentarme.

Mauricio tendió el brazo hacia una butaca.

—No, dijo Fernanda deteniéndole. Por dos veces, esta noche, he visto á su esposa de V., á la hermosa y esta Clotilde, sentada en este lecho, con las manos de usted entre las suyas é interrogando con sus ojos los de usted. Así quiero estar yo. ¿Me lo permite V., Mauricio? Sentada donde ella y como ella, su recuerdo me protegerá. No tengo yo sus derechos ni su pureza, pero su corazón de V. me ha elevado un trono, y desde él impero, y por lo tanto reclamo obediencia y sumisión á mí vasallo.

En pronunciando estas palabras, Fernanda tomó las manos de Mauricio entre las suyas y se las oprimió, como vió que Clotilde lo hiciera; luego, querida purificada, se sentó en el sitio donde la esposa que corrió riesgo de perderse se había sentado, y fijó los ojos, animados de una expresión incontrastable, en las perplejas pupilas de su amante.

Entonces, llamando á sí la fuerza magnética del sentimiento y de la atracción, dijo:

—Ahora que me siento fuerte y tranquila, escúcheme usted, Mauricio.

El joven, subyugado por el influjo de una naturaleza superior á la suya, prestó silenciosa atención.

Cinco minutos hacía ya que la baronesa y Clotilde, con el oído pegado á la puerta de la alcoba, no perdían sílaba de aquella plática.

XXV

—Mauricio, dijo Fernanda, ante todo deje que le tribute gracias como se tributa á Dios; los únicos días dichosos de mi vida á V. se los debo. Cuando sola, ais-

lada y cargada de años vuelva los ojos á lo pasado, la única época luminosa de mi existencia será aquella que habrá recibido la luz de su amor de V., y al encontrarme en mi lecho de muerte y cuando con mi arrepentimiento haya lavado mis pecados, no pediré al Eterno sino un paraíso semejante á los tres meses esos que me concedió el cielo.

—¡Oh! dijo Mauricio, gracias, gracias por lo que acaba V. de decirme.

Fernanda se sonrió con tristeza al ver que el joven se equivocaba por modo tan singular respecto del significado de esta introducción.

—Sí, Mauricio, continuó aquélla; pero si tributo gracias á Dios por este amor, es no sólo porque me ha despertado la razón, sino sobre todo porque me ha fortalecido el alma; porque me ha hecho olvidar que existía un mundo corruptor y corrompido, y me ha inspirado al par que olvido á lo pasado, indiferencia hacia lo venidero; porque por vez primera me sentí dichosa y envejecida de la sensación que experimentaba; porque este sentimiento era tan puro, que redimía todas mis faltas, tan misericordioso, que me inspiraba el perdón hacia aquellos que me las hicieran cometer. Yo no vivía sino en V., Mauricio; V. era el único norte de mis pensamientos. Al dormirme, me entregaba en brazos de los sueños más suaves, y al despertarme lo hacía en medio de seductivas realidades. ¡Ay! mi dicha era demasiado intensa para que pudiese durar; pero doy gracias al cielo por habérmela concedido; el pesar del bien perdido hará en mí las veces de esperanza, y en lo porvenir seguiré mi camino con los ojos vueltos á lo pasado.

«Por eso, al descubrir que V. me había engañado, dominada y ciega por el dolor, no comprendí que le era imposible obrar de otro modo. Sentí como si se hubiese roto alguno de los resortes de mi vida, experimenté la amarga necesidad del sufrimiento, y sin embargo la soledad y el silencio me asustaban, porque temi sobre todo de mí misma. Me era menester el bullicio, la agitación y aun la venganza. ¡Ay! desdichada de mí, que no pensé en que cuando amamos de veras, si nos vengamos es en

nosotros mismos y en nadie más. Quise, pues, levantar entre V. y yo una valla insuperable; prueba que no había cesado de amarle, cuando de mí misma dudaba hasta tal extremo. Me sumergí de nuevo en el desorden de mi vida pasada. En presencia de V. la cortesana había desaparecido; lejos de V., mi genio del bien, como ya le he dicho, volví á ella. ¡Oh! fui muy culpada, ó más bien muy insensata, pues estando á cubierto de la miseria que á las veces excusa á las mujeres deshonradas, discutí con un nuevo amante el precio de mi cuerpo.—Sí, llore V., dijo Fernanda á Mauricio, que no podía reprimir los sollozos, llore V. por mí, porque entonces descendí á tan ignominioso nivel como nunca había descendido. Después de haber hallado de nuevo el sentimiento de la virtud, tuve el cinismo del vicio, hice alarde de lujo, y representé el papel de mujer sin vergüenza y por consiguiente dichosa.

»Ayer todavía, cuando con la sonrisa en los labios y libre de remordimientos el corazón, sus amigos de V. me conducían aquí sin yo saber adónde iba, cuando mi indolencia venía á estrellarse contra uno de los esquinzos de su féretro, tan ciega estaba, que aun creía en la posibilidad de una existencia semejante; ayer, con menosprecio del respeto que hacía las costumbres conservaba en mi alma, olvidando las pías doctrinas que me inculcaron en la infancia, con ayuda de mi incógnito franquéé las distancias sociales y penetré en esta morada con la cabeza erguida. He visto á su madre de V. y á Clotilde, Mauricio, y he vuelvo á ver á V., y todo mi descaro ha caído por tierra como cae al primer golpe una armadura mal unida y mal templada. No, Mauricio, no es el acaso el que ha dispuesto de esta suerte los acontecimientos, el que ha consentido que esos hombres frívolos de quienes era yo el juguete me condujesen aquí. El secreto que yo hubiera querido callarme á mi misma no habrá sido divulgado inútilmente; al vibrar en alta voz, el apellido de mi padre ha roto el lazo que me ligaba á la afrenta, ha despertado en lo más íntimo de mi corazón, adonde yo lo relegara, el sentimiento del deber social, y al hacerme renacer en mí el deseo de

llevar á cabo acciones nobles, me ha devuelto al camino de la pureza. ¡Ah! Mauricio, recordará V. que tuve el valor de ocultarle quién era yo, una pobre joven noble á quien precipitaran de las elevadas regiones de la sociedad encubrada á los abismos del vicio; y es que no quería que V. viese la distancia que yo había recorrido para descender á las profundidades donde V. me encontró; pero V., de corazón grande y perspicaz, lo había adivinado, ¿no es así? Nunca me atreví á decir á V. que mi pobre padre, muerto en el campo de batalla entre los brazos de un hijo de Francia, pertenecía á esa antigua nobleza siempre pronta á derramar su sangre, sino por su patria, á lo menos por su rey. En esta aristocrática morada he hallado de nuevo á mis antepasados, que tenían derecho á ser recibidos en ella de igual á igual. Les llamo en mi auxilio, les evoco para que me defiendan, y en cambio de la ayuda que contra V., y sobre todo contra mí misma me habrán prestado, desde lo más profundo de mi sér les juro lavar con mis lágrimas la mancha que he arrojado sobre su escudo.

Había en el lenguaje de Fernanda tal compuesto de poesía y de realidad, de sencillez y de exaltación, que á Mauricio ni siquiera le pasaba por la mente hacer objeción alguna; sólo miraba y escuchaba; situación de alma demasiado favorable á los proyectos de Fernanda para que ésta no hiciese un esfuerzo sobre sí misma para aprovecharla. Reemplazando, pues, por suave y melancólica sonrisa el rayo de entusiasmo que brillara en sus ojos y le iluminara el semblante, colocó la mano sobre el corazón del joven, y continuó:

—¿Me comprende V. ahora, Mauricio? Este corazón, tan bueno y generoso, al que siempre he sentido latir bajo mi mano cuando se ha tratado de uno de esos sentimientos tan delicados desconocidos para los demás hombres, ¿comprende por qué Fernanda, convertida por usted en querida casta, engañada volvió á ser cortesana?

—¡Oh! sí, sí, respondió Mauricio, y Dios testigo que de cuanto ha pasado nada quiero oír ni saber, y que no sólo perdono, sino que olvido.

—Acepto el perdón, pero no el olvido, dijo Fernanda.

—¿Por qué? preguntó Mauricio.

—Porque la nuestra no era una de esas uniones vulgares, que se rompen y se anudan. No, Mauricio, cierre usted los ojos del cuerpo, olvide que aquí á su lado, sentada en este lecho, está una mujer joven y según dicen hermosa, y míreme y escúcheme con el corazón: ahora toda conexión entre ambos sería no un crimen, sino una profanación. Los éxtasis abrasadores se han apagado para siempre. El delirio de la pasión, entibiado en uno y otro por nuestras propias lágrimas, ya no tendría excusa. Sea V. animoso, como yo quiero ser honrada.

—¡Dios mío! dijo Mauricio vislumbrando por primera vez el verdadero objeto de Fernanda, después de haberlo buscado en vano durante este largo discurso; ¿pero no comprende V. que con lo que se propone quedan destruidas para siempre nuestras relaciones, y por consiguiente mi única esperanza? ¿No sabe V. que su amor es mi vida?

—No soy ya digna de su amor, Mauricio. Al explicárselo á V. todo, he querido lavar el alma, no el cuerpo. Mi alma es siempre digna de V., porque si ha desfallecido es por haberle amado con creces; pero la mujer ha pertenecido á otro.

—¡Y qué me importa, ya que cediendo á otro, sólo me amaba V. á mí!

—No me hable V. de esta suerte, Mauricio, repuso Fernanda con acento suavísimo; ya le he dicho que entre nosotros dos toda aproximación es imposible.

—¡Fernanda! exclamó el joven, la voluntad lo allana todo.

—Mauricio, dijo Fernanda con acento resignado, ¿sabe usted cómo se llama el amante que he tomado después de nuestra separación?

—No, ni quiero saberlo nunca.

—Pues yo debo de decírselo á V.: el señor de Montgiroux.

—¡El conde! exclamó Mauricio juntando las manos; ¡el conde de Montgiroux! ¡Oh! señora, ¿no me engañan mis oídos?

—¿Le conocía yo acaso? ¿le había visto alguna vez? ¿me constaba que él era su padre de V.? respondió Fernanda.

—¡Mi padre! ¿Quién se lo ha dicho á V.?

—¡Perdón! Mauricio, dijo humildemente Fernanda juntando las manos, no denuncié ni acusé, repito sólo lo que la señora de Barthele le decía á él mismo esta noche.

Al acabar de proferir estas palabras, á la joven le pareció oír un gemido ahogado; pero como al mirar en torno de sí no viera á nadie, creyó haber padecido error.

—¿Comprende V., continuó Fernanda después de un instante de profundo silencio, cuánto de terrible encierra para mí esta sola frase: el conde de Montgiroux es padre de V.?

Mauricio bajó la cabeza, y por sus pálidas mejillas corrieron abundantes lágrimas.

—Ya lo ve V., prosiguió la joven, no nos queda sino llorar lo pasado, pues no pertenezco á esa clase de mujeres sin escrúpulos y sin conciencia que se rien de lo más santo. Con todo, es menester que le diga á V., pues debo hacerle confesión general, que por un instante en esta casa, á pesar de la presencia de Clotilde, he acariciado en el corazón la idea de que nuestra ventura podía renacer; pero siempre en el pecado llevamos la penitencia. Apenas he pensado en esta traición, cuando me he visto castigada por la revelación del secreto fatal. Entonces todo ha concluído, y he tomado la resolución irrevocable de no dar un paso más adelante, de detenerme donde había llegado. Por eso, cuando hace poco el conde de Montgiroux ha ido á ofrecerme su mano, su apellido y su fortuna, mi sér todo se ha estremecido de terror. ¡Yo esposa de su padre de V., Mauricio! ¡yo, Fernanda, condesa de Montgiroux! Y esto no obstante, le he escuchado, si con el corazón destilando sangre, con rostro tranquilo, porque veía algo triste y digno de conmiseración en ese amor de un anciano del que la sociedad tal vez hubiera hecho befa; amor suficientemente grande é independiente para hacer franquear á un hombre como el conde, á un hombre para quien la opinión

de la sociedad ha sido siempre su invariable norte, la distancia que le separaba de mí. Triste es decirlo, Mauricio, mas para la gente encumbrada, tan rígida en achaque de etiqueta, el incesto no existe sino en virtud de un contrato, si no precede una ceremonia civil ó religiosa; de tal modo la ley de las consideraciones sociales sustituye en ella la de la naturaleza. Yo, empero, mujer sin pudor, y permítame la palabra, he experimentado una sensación profunda, como su abatimiento me demuestra que también V. la siente. Humillemos la frente, Mauricio, y empecemos, V. una vida venturosa, yo un porvenir de expiación.—No, no mueva V. así la cabeza, Mauricio, á la palabra ventura; á su edad de usted la dicha es labor de la que fácilmente puede uno ser artífice, estatua de la que cada cual, después de haberla esculpido á su antojo, puede convertirse en Pigmalión.

Del oprimido pecho del joven se escapó un suspiro. Fernanda al verle postrado cuanto momentos antes exaltado por la pasión, y con la mirada fija y turbada, le tomó la mano que crispada tenía sobre el corazón como para dominar un dolor agudo, y juzgando que era llegada la ocasión de arrancarle de semejante estado, aun cuando fuese por medio de un sacudimiento moral, dijo, dando un rodeo para llegar al fin que se propusiera:

—Así, pues, Mauricio, uno ni otro podemos ya cejar en el camino que nos hemos trazado. Dios ha colocado detrás de nosotros un crimen para que no volvamos á pasar nunca más por el mismo camino, y tal vez llegue día en que V. mire como una prueba de su bondad lo que hoy cree una manifestación de su cólera. De nosotros dos, ya le he dicho que era V. el privilegiado, porque su pecho anida el sentimiento que le parecía muerto para siempre. ¡Ay! Mauricio, V. no conoce todavía la inconstancia del corazón humano. Créame V. á mí, á una mujer: Clotilde es joven, hermosa y digna de ser amada.

—Lo sé, lo sé, dijo Mauricio; pero Clotilde es una estatua; una niña sin pasiones; no me ama.

Fernanda, á quien le pareció oír un segundo gemido, paseó de nuevo la mirada en torno de sí; pero como no

viese á nadie y por otra parte la situación la arrebatare, continuó:

—Ayer era cierto cuanto V. dice; hoy todo ha cambiado.

—¿Qué quiere V. decir? preguntó Mauricio.

—Que desde ayer la estatua se ha animado, la niña se ha convertido en mujer, y la mujer se ha vuelto celosa.

—¡Celosa! ¡Clotilde celosa! repuso el joven con acento no destituido de amargura, tan profundamente está el amor propio arraigado en el corazón del hombre; si siente celos no es de mí, de seguro.

—Se equivoca V., Mauricio, de V. los siente, y dé usted gracias á Dios de que hasta ayer no se despertase en ella tal sentimiento; porque quién sabe las irreparables desgracias que para V. se hubieran seguido de haber su corazón experimentado, de tres meses acá, lo que desde ayer experimenta.

—Explíquese V., Fernanda, dijo Mauricio, porque por quien soy no la entiendo.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡qué inexplicable ceguera la de los hombres! repuso Fernanda. ¿Pero V. no comprende que una mujer joven, hermosa y abandonada...?

—¡Fernanda! exclamó Mauricio, ¿recelaría V. de Clotilde?

—Nunca, Dios me libre de ello, respondió la joven.

Luego, al ver que Mauricio permanecía con el ceño fruncido, continuó:

—Escuche V. con atención lo que voy á decirle, amigo mío, pues lo que voy á decirle toca un punto muy delicado; pero quieras que no, me han hecho penetrar en esta casa, y aquí estoy para llamar sobre ella la tranquilidad, y á ser posible, la dicha para todos. Permítame V., pues, que penetre hasta el santuario de la familia, por lo cara que me es su ventura, Mauricio; como en lo pasado, quiero que en lo porvenir en este particular esté V. libre, si no de todo tiro, á lo menos de toda sospecha. Pues bien, amigo mío, V. ha expuesto su dicha, como un jugador insensato expone su fortuna á una vuelta de dados.

Mauricio levantó la cabeza y fijó una mirada de fuego

en Fernanda. Ésta, que había apuntado al corazón y dado en él, se felicitó interiormente de haber logrado su propósito.

—Fernanda, dijo el joven; ¿qué significa semejante lenguaje? Hable V. ¿Tenía que hacerme sabedor de algo? Me está hablando V. de Clotilde, de la mujer que lleva mi apellido; fijese V. bien.

—Si, de ella le hablo á V., Mauricio, y me apresuro á decirle que todavía no ha empañado su frente la sombra de un mal pensamiento; pero, ¿sabe V. por ventura si el abandono en que V. la tenía hubiese alterado pronto la pureza de su alma; si la nube de inocencia que la rodea, como el vapor en que se envolvían las diosas de la antigüedad para hacerse invisibles á las miradas de los hombres, se hubiera ido disipando poco á poco al soplo de las sugerencias internas? Los celos son malos consejeros. Justificada como se encontraba con el ejemplo de V., tal vez hubiera concluido por considerar la virtud como una gazmoñería, y el crimen como la justicia de las represalias.

—¡Oh! semejantes ideas no se le hubieran acudido nunca á Clotilde, dijo Mauricio.

—Es verdad; pero cuando estas ideas no nacen espontáneamente en el cerebro de las mujeres á quienes uno abandona, demasiado jóvenes para concebirlas por impulso propio, siempre hay quien se las sugiere, créame usted, Mauricio.

—¡Fernanda! exclamó el joven, vea V. lo que dice; en este instante vuelvo la mirada en torno mío, y busco el hombre á quien quiere V. referirse.

—No me refiero á nadie, replicó Fernanda con viveza, temerosa de que Mauricio fuese más adelante de lo que ella se propusiera. No he tenido la intención de designar á quienquiera que sea; he hablado en hipótesis; he discurrido sobre generalidades.

—¡Ay de quien hubiese concebido siquiera una esperanza! exclamó Mauricio, porque le juro á V., Fernanda, que de no haberla encerrado en lo más íntimo de su corazón el que la concibiera, había de morir á mis manos.

—Pero V. no ve que el hombre á quien amenaza es

usted mismo, repuso Fernanda; el culpado es V., no otro. Siempre el egoísmo inherente á ustedes les impedirá juzgar sanamente de las situaciones creadas por ustedes mismos. ¿Es posible que V., tan recto y tan leal, sólo en un caso no comprenda su injusticia? ¡Cómo! usted quiere exigir de su esposa la observancia de las leys que V. ha infringido, de las virtudes que V. juró solemnemente poseer y no ha conservado, la continuidad de las fuerzas que le faltan, y esto cuando bajo la falsa apariencia de sus pretendidos derechos y de su imaginaria autoridad camina V. libre y abusando de todo? ¡Ah! Mauricio, donde existe el contrato cesa el privilegio; el vínculo del matrimonio así se ha establecido para el marido como para la mujer: el que toma su libertad desatándole, da inevitablemente la libertad al otro. Mauricio, dé V. gracias á Dios de que le haya concedido una esposa tal, que pudiendo echárselo á V. todo en rostro, V. no puede ni remotamente dirigirle un reproche, y que habiéndolo V. olvidado todo, ella se haya acordado de cuanto debía acordarse. En todo es usted privilegiado, Mauricio, porque Clotilde es digna de su respeto y de su amor.

El joven se había incorporado sobre un codo, y en su crispado puño, en su jadeante respiración y en lo dilatado de las ventanas de la nariz, se conocía que estaba profundamente impresionado. Fernanda, satisfecha de haber producido este efecto y arrojado en aquel corazón que pretendía no servir ya sino para morir, un nuevo fermento de vida, un principio de temor desconocido, empezó desde aquel instante á concebir realmente esperanzas para lo venidero de aquel á quien tanto amara. Entonces no pensando sino en la separación eterna á la cual quería llegar, continuó:

—¡Ah! Mauricio, hace poco le he hecho sonrojar del egoísmo que á ustedes, hombres, les domina, y esto no obstante nosotras no somos mejores que ustedes; si hablo de Clotilde como lo hago, es porque la he observado con atención, sondeado con perseverancia. Para esto me asistían razones, porque si yo hubiese notado un agravio real, ó conocido el menor indicio de una falta, me

hubiera callado; y tan victoriosamente el principio del mal combate en nosotros el del bien, que quizás ahogando en mí santos escrúpulos, rechazando piadosas inspiraciones, hubiera venido para decirle á V.: Mauricio, amémonos, no seamos mejores que los demás, aceptemos nuestra dicha en la corrupción general, tolerándonos recíproca aunque tácitamente nuestras faltas. Y hubiera añadido: pues un hombre grave y grandemente apreciado en los círculos aristocráticos creía no cometer yerro alguno casando conmigo; pues un legislador, un arquitecto social, creía no cometer un crimen sucediendo á su hijo, podemos despreciar á la sociedad engañándola, pedir á un amor oculto las delicias del egoísmo, hacer de nuestros sentimientos un abrigo contra la borrasca, y del deleite un olvido necesario; V. puede soportar la presencia de su esposa, culpada como V.; yo, con el sarcasmo en los labios y el desprecio en el corazón, la de todos esos hombres, de los cuales ni uno está libre de tacha. Pero se le repito á V., me inclino ante aquella á quien apellida V. su esposa, y cuya virtud me impone su ejemplo y me infunde valor; al verla inocente, me he acordado de mi inocencia; al verla honrada, he comprendido que yo podía serlo todavía. ¡Ah! no es V., Mauricio, quien combatirá semejante resolución, no; no será V. quien me empuje de nuevo al abismo, cuando me siento con fuerzas suficientes para salir de él. Déjeme que otra vez suba á las alturas de las que descendí, apoyada en V.; no me desvíe de la única gloria que aún me está reservada; ya sabe V. lo que dice Dios: «Aquel que se arrepiente es más grande que el que nunca ha pecado».

—¡Oh! ¡Fernanda! ¡Fernanda! exclamó Mauricio tendiendo la mano á la cortesana, es V. inmensamente superior á mí: V. es quien me ha realzado con sus palabras, no yo quien la sostengo en mis brazos.

La pobre mujer asió con ambas manos la abrasada mano que el joven le tendía, y los dos guardaron silencio por espacio de algunos minutos; silencio elocuente en su muda expresión, y durante el cual se confundieron en la sensación de un mismo dolor.

—¿Y bien? dijo Fernanda después de algunos instantes, y supliendo con el hechizo del acento y el poder de la mirada el laconismo de la pregunta.

—Comprendo que es necesario, respondió Mauricio; pero á las veces la necesidad es muy cruel.

—¡Dios mío! gracias, exclamó Fernanda; mi venida no habrá sido inútil.

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que va V. á hacerme una promesa sagrada.

—Todas lo son para mí.

—Pues bien, prométame V. que un día volveremos á vernos.

—Se lo prometo, Mauricio, si sé que es V. dichoso.

—Elude V. mi ruego, dijo el joven sonriendo con tristeza.

—Mauricio, espero verle otra vez más pronto que V. imagina.

—¿Pero, y V.? preguntó aquél con cierta vacilación.

—¿Yo? dijo Fernanda sonriendo á su vez.

—¿Qué va á ser de V.?

—Comprendo que este es el último tormento que le queda á su corazón, y se lo agradezco á pesar del egoísmo que le origina, dijo Fernanda. Si, á V. le martiriza la idea de que pueda verme al lado de otro hombre en un coche, descubrir detrás de mí una sombra en el techo de un palco, oír que Fernanda se encontraba en los baños de los Pirineos, de Baden-Baden ó de Aquisgram, con este príncipe ruso ó aquel barón alemán. Ea, sea V. franco, Mauricio, ¿no era esta la esencia de su pensamiento al preguntar qué iba á ser de mí? Diga.

—¡Ah! Fernanda, respondió Mauricio, no hay medio de engañarla; lee V. en lo más íntimo de mi corazón.

—Porque su corazón de V. es límpido y transparente como el azul del cielo. Pues bien, Mauricio, escúcheme usted. Una cosa he advertido, y es que el verdadero dolor de un rompimiento no estriba precisamente en él, sino en el temor de que el alma y el cuerpo que nos pertenecieron no pertenezcan luego á otro. En este punto tranquilícese V. Por el amor que V. me ha inspirado,

por el aposento virginal en el que nadie ha entrado antes que V., ni después, ni entrará nunca más hombre alguno; por su hermosa y casta Clotilde, ángel del cielo á quien dejo para que, cual nueva Beatriz, le conduzca á V. á las puertas del paraíso, le juro que no perteneceré nunca á nadie más.

—¡Oh! es V. divina, Fernanda, exclamó Mauricio; todo lo comprende V., todo lo acierta. ¡Pero renunciar á V. para siempre! ¡es imposible!

—Esto me lo dice V. precisamente en el instante en que por la vez primera concibe, por el contrario, la posibilidad de nuestra separación.

Mauricio se calló, prueba de que Fernanda había adivinado.

—Pero, repuso éste tras un minuto de silencio, ¿va V. á renunciar al mundo?

—¿Qué entiende V. por el mundo? Si se refiere V. á esa sociedad aristocrática y culta que sirve de espejo porque en la apariencia vive como Dios manda, ya sabe usted que no puedo tomar sitio en ella; si, al contrario, apellida V. mundo á la muchedumbre entre la cual he vivido sin escrúpulo hasta lo presente, también sabe usted que no quiero continuar formando parte de ella; luego para mí no existe el mundo.

—¿Entonces abandona V. París?

—Sí.

—¿Y adónde se va V.?

—Este es mi secreto.

—¡Cómo! ¿ni siquiera me será dable saber dónde se encuentra V., el lugar donde respira, ni representarme los objetos que la rodeen?

—Comprendo este último deseo, dijo Fernanda, y para satisfacerlo le escribiré á V. una carta que contendrá todos estos pormenores. Podrá V., pues, verme de nuevo con los ojos de la imaginación hasta tanto no me haya olvidado.

—¡Oh! nunca la olvidaré á V., Fernanda, nunca.

—Bien, le creo á V., ó hago como que le creo; y ahora que todo ha concluido, adiós, Mauricio.

El joven dió un suspiro, pero sus labios se negaron á

pronunciar una palabra; sólo los ojos de ambos se encontraron, humedecidos por las lágrimas.

Fernanda, que al igual que Mauricio conoció que no podía prolongarse un segundo más aquella entrevista, se levantó, sin que éste, que dejara caer la cabeza en la almohada y los brazos sobre el lecho, intentara retenerla; luego, y con un movimiento de cabeza cruzaron un último adiós, y aquella separación, que debía ser eterna, se obró en medio de la solemne quietud de la noche y del silencio de la resignación.

XXVI

Los sentimientos sublimes son el refugio de las almas fuertes, el consuelo de los grandes dolores. Por sí solo, el corazón confunde la tensión de la voluntad con la tranquilidad del espíritu.

Mauricio y Fernanda se habían alentado por tal modo á sí mismos colocando su pasión reciproca fuera de toda sensual influencia, que uno y otro, después de la separación, experimentaron esa placidez suave, recompensa de todo sacrificio terrenal. El enfermo permaneció con los ojos fijos en la puerta tras la que acababa de desaparecer Fernanda, cual si hubiese buscado el surco luminoso que dejan en el firmamento las estrellas errantes, que tal vez no señalan sino el paso de un ángel. Por lo que respecta á la cortesana, se encaminó con paso firme á su aposento; pero apenas hubo llegado á la mitad del corredor, cuando oyó ligero ruido de pasos y crugir de vestidos. Fernanda se detuvo, y al mismo instante que sintió la abrazaban dos personas distintas, oyó la voz de la baronesa.

—¡Gracias! ¡un millón de gracias! dijo ésta besando á la joven en ambas mejillas.

Clotilde, más tímida y más agradecida, asió una de las manos de Fernanda, y por más esfuerzos que hizo